

y tenebrosas callejuelas de San Francisco, con sus bares dudosos y sus "Burlesques", y por las plantaciones de tomates de California.

Además, nos hace presenciar la desesperada lucha de los estibadores en huelga. En la descripción de esos acontecimientos, hay páginas de vigorosa y cruda reciedumbre, en las que la prosa de Alegría adquiere robusta plasticidad, creando la atmósfera y los matices que dan al cuadro novelístico dramáticas y exactas dimensiones.

La vida de un caballo de carrera, como la de muchos hombres, es fatalmente limitada. Es ídolo de voraces muchedumbres mientras puede mantenerse como posible ganador. Después, comienza su decadencia, su descenso inevitable hacia los modestos hipódromos de provincias. Por eso, el propietario de "González" le advierte su destino:

—"Si no ganas, no hay comida. Es decir, vos te convertís en comida, porque te vendemos a un circo o a un zoológico, como carne para los leones. Comida para leones. Acuérdate. O cadáver o campeón. No hay términos medios".

Y "González" corrió su gran carrera. Y ganó. El acicate del triunfo lo describe Fernando Alegría con certeras palabras: "Nostalgia, patriotismo, coraje, y un dulce y suave presentimiento de la muerte. Sobre todo esto último: no hay otro acicate igual para la obra maestra, la gran victoria o la gran derrota".

Sin recurrir a hipérboles, podemos asegurar que *Caballo de copas* es una gran novela, magníficamente realizada por un escritor auténtico y experimentado en el difícil arte de novelar. El público, que es el juez más certero, estamos ciertos, agotará sucesivas ediciones.

GONZALO DRAGO



*Mi camarada padre*, de BALTAZAR CASTRO

DESPUÉS DE HABER publicado *Piedra y nieve* (cuentos, 1943), *Sewell* (novela, 1946) y *Un hombre por el camino* (novela, 1950), Baltazar Castro nos entrega ahora su novela minera *Mi camarada padre* (Editorial Zig-Zag, 1958), en la que podemos observar una notable superación técnica y literaria, en relación con sus obras anteriores.

Si quisiéramos ubicar literariamente a *Mi camarada padre*, tendríamos que decir que es una novela "neocriollista", en la que el lenguaje popular ha

sido depurado de fatigosas deformaciones y en la que los regionalismos, modismos y nombres técnicos han sido limitados a un punto que hace innecesaria la presencia de un "Glosario", como ha ocurrido en una de sus novelas anteriores.

Hemos observado también que el estilo de Baltazar Castro ha sufrido cambios favorables, producto de una bien aprovechada experiencia literaria. Su prosa ha adquirido ahora una medida espontánea, una sobria adjetivación, un adecuado y reducido uso de metáforas, una fluidez, en suma, que agradece el lector y lo induce a una lectura de ávidas urgencias.

Mucho se ha dicho y se ha escrito sobre la literatura "comprometida". Es el caso de preguntarse si *Mi camarada padre* corresponde, en cierto modo, a esa clase de literatura. La respuesta, después de leer la obra, es afirmativa. A través de la novela se advierte, sin esfuerzo, un tácito compromiso del autor con la masa obrera del mineral de "El Teniente".

No debemos olvidar que Baltazar Castro es un político militante y dirigente, y que su actitud de escritor debe estar consciente o inconscientemente vigilada y en pugna con ese otro ser frío y diferenciado, que mira hacia la masa con apetencias de obtener su apoyo incondicional en un momento determinado. No es, a nuestro juicio, la obra de un escritor liberado de toda sugestión ajena, que se sienta a escribir con absoluta y total independencia, sin compromiso con nada ni con nadie, salvo con su conciencia de hombre y su inspiración de escritor.

En *Mi camarada padre*, Baltazar Castro ha salvado con soltura y seguridad los escollos que presenta una novela escrita en primera persona. El protagonista, al que ha debido asir con mano firme y segura y no perder de sus primeros años hasta que ingresa al mineral de "El Teniente", en Sewell, para continuar el oficio de su padre.

El autor ha debido, con tacto y conocimientos estilísticos, adaptar el largo relato a la peculiaridad exigida por la limitada instrucción del protagonista, al que ha debido asir con mano firme y segura y no perder de vista, para fijarlo en sus contornos y reducidas dimensiones intelectuales.

El ambiente, la atmósfera de la mina en su superficie y alrededores, los personajes y el escenario, están descritos y tratados con fidelidad y realismo, observados de primera mano con pupilas zahoríes. Es una de las grandes ventajas del escritor que escribe sobre lo que conoce, sobre lo que lo ha impresionado profundamente, pasando por los cauces de su sangre y por la criba de su inteligencia, dando por resultado la obra literaria, rica en

sentimientos, en emociones, con profundas raíces en la vida, fuente de todo dolor, esperanzas y alegrías.

*Mi camarada padre* no es, como algunos pudieran pensar, una novela autobiográfica. Conozco al autor desde su infancia, y puedo asegurarlo. Es la vida de un muchacho obrero, de su núcleo familiar y de algunos seres que lo rodean, se aproximan y se alejan, en un fluir y refluir de la vida en torno a su persona, modelándola, enriqueciéndola de sucesos y emociones, que el novelista ubica en el inmenso y dramático escenario de la mina, que alarga sus tentáculos hasta Coya, Machalí y Rancagua.

En Pedro Alviña, el padre, está representada una de las facetas más limpias y austeras del obrero chileno. Es un ejemplar humano que existe, naturalmente, aunque no abunda. Baltazar Castro nos presenta un minero robusto, sobrio, cumplidor de sus deberes, insobornable, digno y buen marido. Es un escogido paradigma del obrero asalariado de los grandes minerales chilenos, que carece de la amplia y envidiable libertad del minero nortino, del "cateador" ambulante, perdido en la inmensa soledad de la cordillera atacameña.

María, la madre, es la mujer fuerte, dura, insobornable, y austera, como lo es en muchos casos la sufrida mujer de nuestro pueblo, digna representante de una de esas "señoras chilenas", de la que nos hablara magistralmente el poeta Raúl Rivera en su poema homónimo. Es ella, María, la que dice espartanamente, cuando el marido la informa de que será despedido de la mina si no renuncia al Sindicato: "Saque el azul no más, viejo..."

A través de las páginas de *Mi camarada padre*, escrita en un estilo sobrio, sencillo, sin grandes pretensiones literarias, exenta de retoricismos y de rebuscamientos de lenguaje, vemos desfilar personajes cincelados con acierto, como el maquinista Rojas, los chilotes Jacinto Coliboro y Nolasco Manquelepe, Lizardo Cáceres, Genaro Reveco y la pequeña Cristina, la "Moñito", que deambula por las escaleras del mineral con su pequeña y dolorosa soledad.

Sin lugar a dudas, ésta es la mejor novela escrita por la fecunda y honrada pluma de Baltazar Castro, quien ha logrado, con admirable tenacidad, ocupar un destacado lugar en la literatura chilena. En cuanto a la rígida aseveración de la portadilla del libro, de que "nadie puede discutir a Baltazar Castro el hecho de haber sido el primero que incorporó a las letras continentales al obrero de la mina de cobre en Chile", nos parece un recurso con sabor a propaganda, que puede ser modificado, si se echa una mirada al panorama literario nacional.

GONZALO DRAGO